

Revelaciones y paradojas de nuestra herencia histórica

Por Elio Noé Salcedo

Si sabemos por Miguel Unamuno que, hasta bien entrado el siglo XX, España no era Europa (por eso pensaba el pensador español que había que “*européizar España y españolizar Europa*”), intentemos descubrir qué y quien era España cuando se produjo aquel encuentro y “doble descubrimiento” de culturas y civilizaciones en 1492.

Aquella España unificada por Isabel y Fernando era la primera potencia de Occidente, cuyo poder había sido acrecentado en su territorio “*por las armas o matrimonios dinásticos*”, como sostiene Juan José Hernández Arregui en su tratado sobre “*el ser nacional*”.

Portugal, Rosellón, los Países Bajos, Nápoles, Milán, Sicilia, Ardena le pertenecían. Reinaba sobre Alemania. Había vencido a los turcos y a los franceses. Era señora de los mares y dueña del comercio mundial, supremacía fundada en su indisputado poderío militar. La expansión imperial abarcaba el África y Asia. Cuando decidió salir de sus muros y buscar el país de las especias en la India, aunque esta vez a través del Océano Atlántico hacia el oeste, era la potencia colonizadora más grande de los tiempos modernos después del Imperio Romano.

“*De las naciones de Europa, ninguna como España escaló tan arriba las cumbres del esplendor universal*”, reconoce Hernández Arregui. Ese esplendor y poder nunca fue “*tan grandioso como el que congregó España*”, del que Inglaterra -una vez que le ganó la supremacía en los mares- quiso apropiarse y adelantar “*en superioridad civilizadora*”. Al respecto, no se puede soslayar el carácter y diferencias de uno y otro imperio, en cuya disputa el imperio anglosajón aventajaba al imperio latino en deshumanización, esclavismo, racismo, supremacismo blanco, economicismo y su propia burguesía industrial, que España había desechado en la cruzada religiosa interna al expulsar a moros y judíos de sus territorios a la par que lograba su unidad nacional.

A propósito, explica Juan José Hernández Arregui: “*Los españoles, carentes de tradiciones técnicas, durante siglos en manos de los árabes, no conservaron las industrias y artesanías moriscas, en parte por la prosperidad fastuosa, pero sin base en la propia metrópoli, que le redituaba la explotación de las colonias*”, con lo que, poco a poco, se fue diluyendo la grandeza de otrora.

Esa situación y condición de España anticipaba y prefiguraba la conducta y actitud que tendrían más tarde las clases dominantes parasitarias nativas, herederas también de su antecesora, casta económica y social que no podía desaparecer sino por un acto de voluntad emancipatoria también.

En definitiva, paradójicamente, si por un lado *“la unidad religiosa le permitió -a España- ascender a la categoría de nación”*, por otro lado, *“el logro de la unidad nacional significó a la postre su decadencia con el traspaso improductivo de los bienes confiscados a los nobles y el clero. La mejor artesanía de Europa, abandonada, convirtió en eriales los centros industriales y agrícolas más florecientes de la península”*. Al mismo tiempo, *“la política impositiva implantada en los dominios, en tanto trataba de compensar las penurias de la economía interna, incubaba los conflictos, que con el tiempo llevaría a las clases adineradas de la colonia al hecho político de la emancipación”*.

España en Nuestra América

Resulta conveniente e imprescindible ponderar los resultados que los imperios dominantes en algún momento de nuestra larga y controvertida historia dejaron en nuestro suelo.

La conquista y colonización española tenía, al fin, el mismo carácter que habían tenido tanto la conquista y colonización azteca al apoderarse del Valle de México, como la de los Incas al adueñarse del Cuzco. En estos casos, tampoco se trataba de pueblos originarios de los lugares donde luego se erigiría la capital de sus imperios, si bien aportarían su cultura a los pueblos dominados o tendrían para aprender de los pueblos que los antecederon, como los mexicas de los toltecas y olmecas, y los incas de chancas, collas, aimaras y quechuas.

Del mismo modo, el paso de España dejó en América una vasta herencia positiva: mestización, lengua y escritura, nueva religión, universidades y modelos organizativos. En cambio, Gran Bretaña, sólo nos trajo hasta hoy el atraso de nuestra economía y el despojo de nuestros recursos y territorio, de cuyo dominio resulta necesario liberarse también, si queremos tener una segunda oportunidad como pueblo y como Nación.

Pues bien, habiendo logrado Inglaterra el poder de los mares y la primacía económica mundial, aunque no pudo convertirnos en una nueva colonia de la corona británica entre 1806 y 1807, lo logró a

través de la economía y de la cultura, que es la razón por la que, independizados políticamente de España, fuimos una semicolonias del imperio inglés: jurídicamente soberanos y económica y culturalmente colonizados. Hoy pretenden quedarse con todo.

Con el siglo XVIII -escribió Navarrete, citado por Hernández Arregui, *“acabó también la dinastía austríaca en España, dejando a esta nación pobre, despoblada, sin fuerzas marítimas ni terrestres y, por consiguiente, a merced de las demás potencias, que intentaban repartirse entre sí sus colonias y provincias. Así había desaparecido en poco más de un siglo aquella grandeza y poderío, aquella fuerza y heroísmo, aquella cultura e ilustración con que había descollado entre todas las naciones”*. No obstante, antes de perder lo que le quedaba, España nos legaría de hecho sus genes, su cultura y sus derechos a los nacidos en América, aparte de los conflictos y diferencias sociales, muchas de los cuáles siguen estando vigentes en el presente. Y eso ya no es culpa de España sino nuestra, que no hemos sabido o podido desterrar semejantes injusticias humanas y sociales propias de tiempos pretéritos.

Cabe consignar aquí, dado el debate que todavía se sostiene respecto a los *pueblos originarios* y la propiedad del territorio conquistado por los españoles, que todos los nacidos en América eran y son los dueños de este territorio, de cuyo patrimonio, los que nacimos después de 1492 -es decir, todos los indo-hispano-americanos- también somos dueños: lo somos por nacimiento y existencia originaria de América. Entonces, la división entre pueblos originarios (más bien antiguos) y no originarios (o sea nacidos después de 1492) resulta ficticia y solo es funcional a los que quieren dividirnos y debilitarnos.

Baste saber que la Independencia de España nos devolvió la soberanía y propiedad sobre todo el Continente y, desde entonces, todo su territorio y cada pedazo de tierra nos pertenece tanto a los pueblos antiguos como a los que nacieron aquí a partir de 1492 hasta nuestros días.

Así también es una verdad irrefutable que el pueblo criollo nació hace quinientos años atrás heredando sin más los genes y la cultura mestiza y multifacética de su padre español y de su madre indígena. Allí debemos buscar nuestros orígenes e identidad histórica como latinoamericanos.

Del imperio español al imperio británico

Dadas esas circunstancias de decadencia y deterioro español, junto con los bríos emancipatorios de parte de las clases criollas, años antes de la Independencia, se daba casi imperceptiblemente un proceso de colonización económica y cultural “europeo” que en poco tiempo más daría sus frutos, aunque no para consumo de los propios habitantes de Nuestra América sino casi exclusivamente para los nuevos amos imperiales -el Imperio Británico- y las clases asociadas a sus negocios, factores que son dejados de lado a la hora de los análisis historiográficos de la colonización en Nuestra América, mientras se hace hincapié desproporcionada y anacrónicamente sobre los pormenores de la conquista y colonización española.

Efectivamente, con el propósito de anularnos como Nación viviente, *“la inferioridad de lo español -argumenta JJHA- se convirtió en un lugar común de nuestra educación”* (correlato de la “leyenda negra española), en coincidencia *“con la penetración mercantil inglesa en la América Hispánica”*. Descubriendo el mecanismo y origen de nuestra dependencia intelectual y cultural, insiste Hernández Arregui:

“A raíz de la emancipación, en efecto, junto con las mercaderías británicas, comerciantes y cronistas, con frecuencia agentes secretos, escriben sus memorias e impresiones de viajes sobre la América Española”, influyendo decisivamente en la historiografía liberal “repetida en español”. “Peregrinas tesis de mayor vuelo, pero no menos tendenciosas -completa el escritor nacional-, se acompañaron desde entonces contra España”.

Por ejemplo, *“el Renacimiento -según una de esas “peregrinas tesis”- no penetró en España”*. Resulta una verdadera falacia semejante afirmación, consigna el intelectual nacional, y coincidimos, pues *“se disimuló”* (mal que les pese a comentaristas y detractores), que la conquista de América era *“la más alta manifestación vital de ese Renacimiento”*, no por sus resultados en América, que pueden ser aceptables, discutibles o inaceptables, sino por el hecho en sí de lo que significó para el mundo occidental de entonces la apertura de Europa hacia afuera de sus murallas a través de España y la búsqueda allende los mares de nuevos mundos.

De hecho, también se lanzaban las bases -al menos implícitamente- del reconocimiento de la propia insuficiencia de Europa, a la que América convirtió en una potencia con sus recursos naturales y capitales extraídos de su explotación, aparte de demostrar la necesidad de

interdependencia de los países y de las culturas de todo el universo, verdad todavía no reconocida por el imperialismo dominante en Occidente, pero que parece ser un paradigma del nuevo mundo multipolar naciente.

En suma, se disimuló y se “olvidó” en la ponderación europea y anglosajona de la historia, prosigue Hernández Arregui, *“que la figura de Juan Luis Vives (español) es tan importante o más que la de Erasmo”* (Países Bajos), y *“se ignoró la deuda -bien asegurada- de Shakespeare (inglés) a la literatura española”*, olvidando a Shelley (inglés también), *“cuyos dioses fueron Platón y Calderón”*, según sus propias palabras, cuando proclamó la grandeza universal de *“esa majestuosa lengua que Calderón lanzó sobre el páramo de los siglos y de las naciones...”*; lengua que los latinoamericanos heredamos y a la que le dimos nuestra impronta nativa que nos regalaron las obras entrañables del Inca Garcilazo de la Vega, Sor Juana Inés de la Cruz, Juan Ruiz de Alarcón y Fray Luis de Tejada; del pensamiento político, económico y filosófico del siglo XIX y XX; y las obras deslumbrantes de la literatura latinoamericana de nuestro tiempo. Ese hondo y extenso legado histórico, filosófico, político, artístico y literario se lo quiere reemplazar en el presente por obras y tesis menores que niegan nuestras grandes, poderosas y todavía vigentes verdades nacionales y continentales.

Su literatura -completa Hernández Arregui, sin complejos de culpa, inferioridad ni auto denigración- era por entonces la más resplandeciente y original de Europa, y la llamada cultura de Occidente no existiría sin la conquista de Granada y el triunfo final sobre los dueños de Constantinopla, *“aunque la liquidación del poder económico y civilizador de los moriscos -señala el analista- significó la detención de España en las formas productivas precapitalistas”*, aunque no feudales, porque como aclara el mismo escritor, *“España, a pesar de su atraso industrial, y gracias a la economía de las colonias, era con características propias una potencia europea capitalista”*: *“España inaugura la era del capitalismo europeo ascendente durante el siglo XVI y lo presenta como misión espiritual”*.

“Este espíritu dúplice de la colonización en América -económico y a la vez espiritual en sentido amplio, afirma Hernández Arregui- subsiste en la Recopilación de las Leyes de Indias, elevado cuerpo de legislación social (como no tendría paradójicamente ninguna otra potencia “civilizadora” de Europa), cuyo inconveniente con relación a

los indios fue que no se cumplió nunca”, realidad manejada finalmente no por representantes reales o misioneros sino por encomenderos, terratenientes, intermediarios y mercaderes sin ideales, sin corona, sin religión y sin Patria.

Había dos Españas, así como hay dos Américas: la europea y la hispano-americana. Su existencia mestiza mayoritaria actual, con fuerte impronta de pueblos antiguos donde antes hubo arraigo de imperios y/o civilizaciones históricas (como en Bolivia, Perú, Ecuador, Guatemala e incluso México), son una muestra, en comparación con Estados Unidos, de que no hubo aquí una política de exterminio indígena, como si la hubo en Norteamérica, donde en lugar de mestización y alianzas con sectores nativos, como en Hispanoamérica, sobrevivió allí solamente la raza blanca anglosajona. Tal vez a ello se deba también su carácter imperialista.

En cambio, no fue escasa la herencia que América y los americanos recibieron de España, en la medida en que nacieron de sus genes y cultura. Además de la herencia literaria, de la lengua, la religión (que el espíritu latino civilizador de los romanos había aceptado como suya y difundido al mundo, en nuestro caso a través de España, y no de segunda mano por parte de otros imperios), América recibió el pensamiento humanista universal que creó las Leyes de Indias y el carácter español (mezcla a la vez de otras importantes etnias anteriores como la de los árabes), que se mestizó con los habitantes nativos, unificó un continente y fundó universidades, como no lo había hecho ningún otro imperio colonial en el universo.

Efectivamente, España le heredó a América -que fue su continuación por tres siglos- instituciones jurídicas y políticas de gran importancia social: principalmente su unidad territorial y cultural mestiza, que es el fundamento de nuestra existencia como Nación, y cuyo intento de fragmentación y sospechosa diversificación es obra del mismo imperialismo occidental anglosajón que usurpa nuestro territorio y nos mantiene dominados.

“El centralismo español -refiere Hernández Arregui- se trasladó a América y fue el factor aglutinante, a pesar de las distancias, que unificó a la América Hispánica (dejándola a pasos de encontrar la clave de su fortaleza y desarrollo posterior, como la concibieron sus Libertadores), hasta que el envión capitalista posterior del siglo XIX

(en manos de los imperios “civilizadores” europeos) *averió la solidez del sistema*”.

A su vez, la liquidación del sistema virreinal heredado de España y fundado en *“una lógica geográfica y económica cuya eficacia se muestra por los siglos que duró”,* al final *“convirtió esa lógica geográfica en “fatalidad física”, y a la economía en desorganización del todo: la interdependencia suplida por la independencia de las partes fracturó a la América Hispánica en el agregado de naciones enfermas que dura en nuestros días”.*

A su vez, si la burguesía de los siglos XVII y XVIII se consolidó en América y no en España, como dice Hernández Arregui, *“con la caída del poder metropolitano, esa burguesía originaria (que nunca se convirtió en inversora e industrial sino solo en oligarquía terrateniente, agroexportadora, rentística y financiera) se enlazaría a Inglaterra y Estados Unidos”.*

Resulta importante y vital poner el foco en las verdaderas causas de nuestro atraso y retrocesos, en las diferencias entre Europa y España y en la condición espiritual y psico-social a la que se nos quiere reducir, quitándonos nuestra naturalmente heredada y a la vez potencial grandeza. A fines del siglo XVIII, revela Hernández Arregui, *“la potencia de América Hispánica era superior a la de España”,* por lo que no se le puede seguir echando la culpa a aquella vieja España de nuestros males actuales.

“Aquí habría de hincar la política inglesa -vuelve a advertirnos el escritor-, pues si bien en el orden jurídico y político éstas no eran colonias, las relaciones económicas de las postrimerías con la metrópoli decadente lo eran de hecho”. Lo serían igualmente las provincias argentinas respecto a Buenos Aires hasta la nacionalización de su Aduana, la federalización de Buenos Aires y la creación del Estado Nacional moderno por parte de la Generación Nacional del '80, gestas que, siguiendo una lógica contraria y/o contradictoria con lo que realmente somos histórica, cultural y existencialmente, se pretende desconocer en su impronta profundamente nacional y federal. Concluamos.

“Contra los hechos, no valen argumentos”, solo nuevos hechos a partir de nuevas síntesis que “superen” las tesis perimidas y nos permitan acceder a un gran futuro político, económico, social, cultural y/o espiritual, sin necesidad de retroceder un siglo, dos o quinientos años.